

La tecla qu Gabriel Zaid

Algunas personas abrevian los ques de sus manuscritos con una simple q. Este uso puede ser muy antiguo, quizá una reliquia paleográfica. El efecto es notable, y no muy bonito porque se va formando un enjambre de abreviaturas que llena las páginas y salta a la vista con un zumbido gráfico molesto. Eso mismo hace ver su sentido práctico: los ques son tan abundantes que abreviarlos abrevia el trabajo de escribir.

¿Qué tanto? Según Roberto Ham Chande ("Del 1 al 100 en lexicografía", en Luis Fernando Lara, Roberto Ham Chande y María Isabel García Hidalgo, *Investigaciones lingüísticas en lexicografía*, El Colegio de México, 1980) la palabra *que* aparece con una frecuencia de 3.7% en el español de México. Es decir, en un texto de 1.000 palabras aparece 37 veces.

Suponiendo que la palabra media (ponderada por la frecuencia) conste de 5 letras, escribir *que* representa $(3/5) \times 3.7\% = 2.2\%$ del trabajo de escribir. La abreviatura reduce a la tercera parte este trabajo, es decir ahorra $(2/3) \times 2.2\% = 1.5\%$ del tiempo de escribir. Un escritor de tiempo completo ganaría con esto casi una semana al año, que no está mal de vacaciones.

Gráficamente, sería mejor que los teclados de las máquinas de escribir, linotipos, componedoras, etc., tuvieran una tecla *que*. De un solo golpe quedarían escritas las tres letras sin afeer el texto con abreviaturas, y de cualquier manera se ahorraría el trabajo. De este ahorro hay que restar el costo de la tecla adicional. Por otra parte, hay que sumar el tiempo que se ganaría al escribir otras palabras: *porque* (0.3%), *querer* (0.2%), *quedar* (0.1%) y muchas otras que pueden aumentar el ahorro a 2%.

Una generalización de este concepto, que serviría también para las palabras con *qui* y que no requeriría una tecla adicional, sería sustituir la tecla *q* por una tecla *qu*. La letra *q* nunca se escribe sola, fuera de excepciones remotas, como este párrafo, o en fórmulas matemáticas (para las cuales, por lo demás, no sirven los teclados ordinarios). Esta solución reduciría el ahorro (digamos) del 2% al 1.5%, pero no tendría costo alguno.

No hay que hacer muchos cálculos para ver que este pequeño invento puede ahorrar millones de pesos. Basta pensar en los millones de personas que se pasan el día trabajando con un teclado, no sólo en los países de habla española sino en los de toda lengua que

use la *q* seguida siempre de la letra *u*.

La *q* sola prácticamente no se usa en ninguna lengua (buscando excepciones, aparece la palabra *coq* en francés; quizá hay otras) porque ya en latín (según Emilio Martínez Amador, *Diccionario gramatical*) se formó la combinación constante *qu*, aunque antiguamente se escribió *Luqarcos* o *Proqilia*. Pero en latín la *u* se pronunciaba, como todavía en varios idiomas.

En español, donde la *u* no se pronuncia, una solución más radical, aunque no más sencilla, sería eliminarla: escribir *qe*, *qi*. Pero es más fácil cambiar una tecla que un uso milenario.



Después del plebiscito: ¿Franquismo chileno?

Isabel Turrent

El séptimo aniversario de la caída de la Unidad Popular fue celebrado por el régimen militar chileno mediante la convocatoria a un plebiscito con el fin de aprobar una nueva constitución para Chile. Eduardo Frei, dirigente de la proscrita Democracia Cristiana, lo calificó de "ciencia ficción o burlesco". Fue mucho más que eso. Más allá de sus deplorables métodos, el resultado de la votación otorgó 87.6% de los

votos al gobierno, 30.17% en contra y tan sólo 2.77% anulados. El triunfo gubernamental en el plebiscito dará a los chilenos algo más que un nuevo orden constitucional. Bajo el signo de la legitimidad que le otorgaron casi el 70% de los votantes chilenos, Pinochet permanecerá en el poder ocho años y medio más. El majestuoso edificio neoclásico que albergaba al Congreso tendrá que permanecer cerrado "por reparacio-

nes" hasta 1989, y aún entonces la Junta Militar podrá recurrir a otro plebiscito para consultar al pueblo sobre la oportunidad de elegir presidente. Un nuevo triunfo abrirá la puerta al General Pinochet para seguir intentando construir el "milagro chileno" que "eliminará definitivamente a los 'rotos'", al menos hasta el año 1997.

La perspectiva de 17 años más de pinochetismo en Chile invita a conti-

nuar el paralelismo que diversos observadores de la Unidad Popular trazaron desde 73 entre España y Chile." Si las similitudes entre el gobierno popular de Allende y la Guerra Civil Española pudieran desecharse como un ejercicio histórico sugerente, aquellas entre el régimen militar chileno y el franquismo tienen, sin duda, mayor peso.

Cierto, el paralelismo no puede llevarse a extremos. Basta recordar los papeles opuestos que ha jugado el alto clero en Chile y en la España de Franco al menos hasta principios de los setenta. Sin embargo el proyecto económico y político de Pinochet es casi una calca del franquista y, más allá de él, la España que emergió a la muerte del Caudillo puede servir para trazar posibles escenarios sobre el Chile que resultará si Pinochet logra mantenerse en el poder hasta fines del siglo XX.

El proyecto político de los militares chilenos desde 1973 se sustenta en la creencia —compartida por el franquismo— de que la vida política partidista ha sido uno de los mayores males del país. En consecuencia, se condenó al silencio a los viejos partidos, la democracia parlamentaria quedó abolida y junto con ella pretendió extirparse el "cáncer marxista" y cualquier proyecto político viable proveniente de la izquierda.

Como Franco, Pinochet ha anunciado que su régimen iniciará una época de "paz y orden" apoyada en dos pilares: la despolitización y la represión. Si Franco no pudo aceptar jamás la reasimilación de aquellos que habían luchado en las filas de la República, Pinochet parece igualmente dispuesto a mantener a un gran número de sus opositores en el exilio y a gobernar primordialmente para aquellos estratos sociales que propiciaron el golpe militar de 1973.

El proyecto económico de los militares chilenos no deja ninguna duda. Las declaraciones del Ministro de Hacienda chileno el día del plebiscito reafirmaron la creencia del gobierno chileno en las bondades del esquema económico de Friedman. El "milagro chileno" se lo-

grará a través del "fortalecimiento de la empresa privada nacional y extranjera y con el mínimo de intervencionismo estatal". El "milagro económico español" de los sesenta fue también ideado por un equipo de tecnócratas al estilo de los "Chicago boys" chilenos que llegaron al poder en 1957. Ellos también creían en las bondades de la economía de mercado y buscaron la integración de España a la economía capitalista occidental en el mismo sentido que los militares chilenos buscan hoy "convertir a Chile en una gran nación". La retórica triunfalista con que los tecnócratas españoles acompañaron su plan económico tomado, como el chileno, de las recetas del capitalismo ortodoxo, fue idéntica a la de los Chicago boys. Y las medidas propuestas casi indistinguibles: plena confianza en la iniciativa privada, apertura del país a la inversión extranjera, devaluaciones, congelación de salarios, libre entrada de importaciones. Las promesas del pinochetismo superan sin embargo, a las de Franco. Chile será la más "desarrollada de las naciones de América Latina"; ya no habrá "rotos", "cada uno tendrá coche, televisión, casa, cuenta bancaria y servicios totales de previsión social". Como sus contrapartes españoles, los militares chilenos y sus asesores creen firmemente que así como la vida política del país ha quedado automáticamente saneada con la desaparición del pluripartidismo parlamentario, una vez que la esfera económica quede libre de las impurezas heredadas y funcione como una economía capitalista moderna, el rápido crecimiento económico resolverá todos los problemas.

En noviembre de 1975, cuando Franco murió, España había vivido 36 años de despolitización y casi veinte de "milagro económico". Los acontecimientos que siguieron a la muerte del Caudillo, no podrían ser una mejor lección para Chile. A dos años de la desaparición de Franco todo el abanico de partidos políticos anterior a la Guerra Civil había resurgido, los obreros organizaban una huelga tras otra y las calles de las ciudades españolas volvieron a presenciar marchas y manifestaciones. Viejos problemas políticos que los franquistas habían logrado acallar salieron violentamente a la luz. El resurgimiento del regionalismo vasco y catalán fue tan sólo un botón de muestra. La monarquía española, supuesta heredera del franquismo, reestableció la demo-

cracia parlamentaria.

En el ámbito económico, el "milagro español" que había logrado una alta tasa de desarrollo, no había resuelto "todos los problemas". Con mucho mayores recursos que Chile y variables económicas ausentes en ese país —entrada de divisas por turismo, remesas de trabajadores migratorios y la capacidad de expansión de nuevas ramas económicas como la metalurgia y la industria química— España debió enfrentar en los setenta diversos cuellos de botella. El gobierno de Suárez hizo a un lado la "mano invisible". La más notoria mano gubernamental promovió la elevación de sueldos y salarios de un 61.8% del ingreso nacional en 1974 a un 66.7% en 1976 y empezó a inyectar capital tanto a las regiones atrasadas del país, como a los sectores industriales afectados por la recesión. El slogan de los franquistas a principios de los setenta, "después de Franco las instituciones", había resultado una frase hueca. En cuatro años, las "instituciones" construidas por el Caudillo en 36 años, habían desaparecido.

El Chile anterior a 1973 era una sociedad tan politizada como la España que precedió a Franco. La oportunidad del plebiscito sirvió como prueba de que siete años de dictadura han logrado acallar a los partidos políticos chilenos pero no acabar con ellos. La convocatoria fue acompañada por una violenta campaña gubernamental en contra de las voces apenas audibles —si se piensa en la vociferante oposición a Allende— de aquellos chilenos de centro e izquierda que permanecieron en el país después del golpe. Los restos de los partidos que formaron la Unidad Popular fueron, por supuesto, reducidos al más absoluto silencio. Los dos actores centrales de la campaña fueron el gobierno y la Democracia Cristiana. El enfrentamiento de Eduardo Frei con los militares y su impotencia para ejercer siquiera el arma de la abstención, no puede dejar de tener una tonalidad dramática si se recuerda el rumbo que tomó la oposición Demócrata Cristiana frente a la Unidad Popular. La Democracia Cristiana chilena tipificó un caso de ceguera política con pocos paralelos. El 8 de julio de 1973, al denunciar la creación de milicias obreras en el Congreso, Frei dio a las Fuerzas Armadas la luz verde para iniciar las maniobras militares contra la ya desorganizada base popular que prepararon el gol-

* Entre otros, Roger Hamburg estableció que en términos de la atención prestada a la caída de Allende y su impacto sobre la izquierda, la UP se convirtió en "la Guerra Civil Española de los setenta". Henry A. Landsberger y Tim Mc Daniel señalaron la existencia de "notables paralelismos" entre la Guerra Civil Española y el gobierno popular chileno y, más recientemente, Rafael Sagoguis apuntó que más que fascista, el régimen de Pinochet debía compararse con el franquismo.

